

nada te dirán,
ni las calles
imaginadas con esmero.
La opacidad es aquí
materia cotidiana,
se cuele por las hendidias
en millares de partículas
hasta cubrirlo todo.
También los cuerpos
arrastran sin saberlo
los matices de un barro ancestral.
Pero, contra toda esperanza
de reconquista,
hay destellos de claridad
despabilando la grisura
de los campos.

Liquen y piedra

La piedra calla.
Sabe que en el empeño del liquen
se esconde un drama atroz.
No está claro
si rehúsa esa cercanía
o bien la propicia
en una imperceptible danza.

Año bisiesto

Aunque no se advierta su caudal,
afuera palpita el río.
La corriente que lo nutre
tienta el trajinar del método,
la material salinidad

de los propósitos.
El Danubio abraza Regensburg
con el agua
de un febrero bisiesto.
Qué convite el que acciona,
qué asomo de luz
entre el limo compacto
de su errancia.

Agua de noviembre

Antes del abrazo
con su promesa de eternidad
contemplábamos la arena
y el pez multicolor
que golpeaba
el vidrio del estanque.
¿Qué te acerca hasta aquí
cuando ya la letra
no es más que el saldo
de una claridad disipada,
el fracaso de las aguas
en la ciudad que dormita?
La mañana llegó
cargando el duelo de noviembre,
de todos los noviembre que vendrán,
de todos los noviembre que se han ido.
El búho de basalto
domina la escena
mientras yo deslizo la mano
por la pendiente del día
para sellar el pacto.